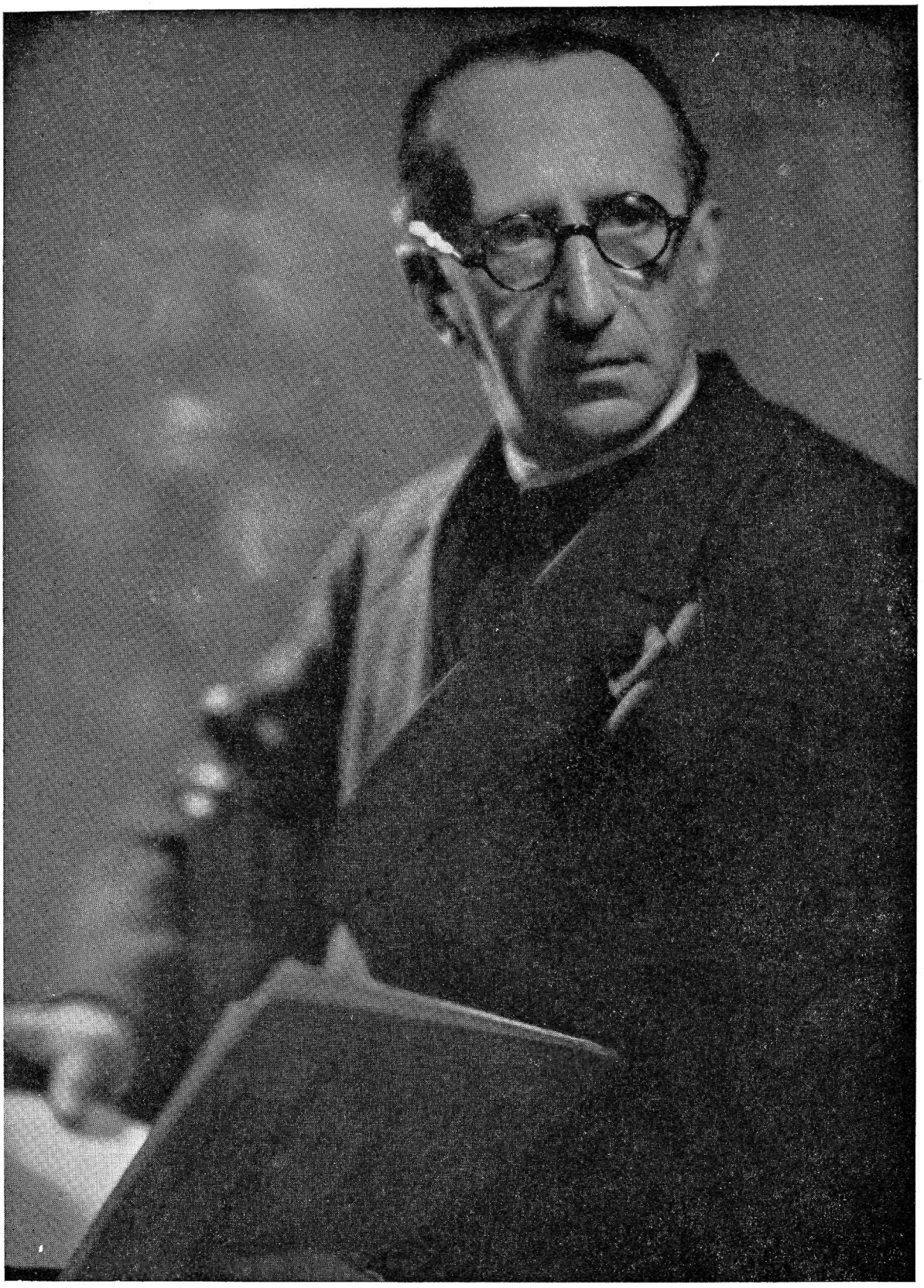
NECROLOGIA

RDO. P. NEMESIO OTAÑO Y EGUINO

(† el 29 de abril de 1956)

POR

JOSÉ SUBIRÁ



Rdo. P. Nemesio Otaño.

No por esperada —aunque nadie sino la Providencia podía saber la hora señalada para el plazo fatal— fué menos dolorosa la muerte que llenaría de luto a nuestra Corporación, cuando sólo habían transcurrido tres meses de otra pérdida igualmente sensible: la del maestro D. Bartolomé Pérez Casas. Al Rvdo. Padre Nemesio Otaño y Eguino le debían mucho, muchísimo, la música en general y la música religiosa de modo muy señalado, pues desplegó actividades bien conocidas de todos como compositor, director, didáctico, musicólogo y folklorista.

Aunque por motivos de salud, que todos lamentábamos, el Padre Otaño llevaba largo tiempo apartado de nuestras labores académicas y alejado de la Villa de Madrid, todos le guardábamos profundo respeto y honda simpatía y no pocos sincero cariño, como fruto de la relación personal, en mi caso bien antigua, pues se acrisoló desde 1910, año en que nos conocimos, demostrándonos al punto una mutua estimación, que se mantendría siempre inquebrantable.

Vino el Padre Otaño por última vez a la Academia, durante su breve viaje a Madrid, ya enfermo y tullido. Ello acaeció en el otoño de 1954. Se celebraba el Cuarto Congreso Nacional de Música Sagrada. Por haber sido "spiritus rector" de los tres anteriores, no quería dejar de estar presente en aquellas sesiones memorables. Entonces, apoyándose en los brazos de dos personas y arrastrando los pies, hizo su presentación en el salón de juntas. Una prolongada salva de aplausos le dió la bienvenida. Y a las palabras de afecto que se pronunciaron en tan sentido homenaje de cariño al compañero y de amor al doliente, correspondió él con otras llenas de cordialidad y gratitud. Porque su inteligencia no había perdido nada de lucidez y su espíritu vibraba como en aquellos años mozos, durante los cuales tanto haría por la música.

Nació el P. Nemesio Otaño en Azcoitia (Guipúzcoa) el 19 de diciembre de 1880, y tuvo seis hermanos, todos los cuales, como sus progenitores, habían pasado ya a mejor vida, cuando la villa natal le rindió un homenaje memorabilísimo en las postrimerías del año 1941. Iniciado en la música en edad tempranísima, pronto compartió sus afanes por esta facultad y con los que le impondrían las disciplinas propias del estado sacerdotal y del Instituto religioso a que habría de pertenecer. Muchacho aún, componía música y redactaba gacetillas musicales. Oyendo al famoso organista Alejandro Guilmant en Lozoya, cuando el joven estudiante contaba dieciséis años de edad, se dedicó al estudio del órgano con el más encendido entusiasmo. Hallándose en Burgos, el maestro de Capilla de la Catedral, D. Federico Olmeda, le orientó en varias materias, especialmente las folklóricas. Hallándose después en Valladolid, estudió a fondo la composición con el maestro de Capilla de la Catedral, D. Vicente Goicoechea y Errasti, y con el pensionado de la Escuela de Bellas Artes de Roma, D. Vicente Arregui. Se relaciona con Pedrell y con Millet, con los benedictinos de Solesmes y con los compositores cecilianos de la Europa central. Viaja, estudia, observa. Y muy pronto organizará el Primer Congreso de Música Sagrada (Valladolid, 1907), como habría de dirigir —con la autoridad y experiencia que encaminaban sus pasos en plena juventud— otros Congresos más de la misma clase.

En Comillas (Santander) creó una "Schola Cantorum", cuya labor coral gozaría muy pronto de reputación sólida y merecida; dió conferencias sobre temas estéticos, históricos y artísticos; dirigió durante años la "Revista Sacro-Hispana", que ha sido otra creación suya; dió a la estampa la valiosa colección "Antología orgánica española", cuyos folios acogen una selección de producciones contemporáneas.

Como compositor, produce obras musicales basadas en el folklore patria, con sus "Canciones montañesas", en forma de lied, y otras de mayor empeño, como la Secuencia a seis voces y órgano "Veni Sancti Spiritus". Adquieren gran popularidad sus canciones religiosas, sus piezas orgánicas y su "Marcha de San Ignacio de Loyola", para coros y orquesta. Tam-

bién escribe obras para piano y muchas más para coros, entre ellas el poema "Suite Vasca".

En los últimos decenios de su vida, el P. Otaño desempeñó elevadas misiones. Fué Catedrático de Folklore y Director del Real Conservatorio de Madrid, establecimiento al cual dotaría de un edificio propio. También fué Presidente de la Junta Nacional de Música y de la Orquesta Filarmónica, asesor artístico de Relaciones Culturales en el Ministerio de Asuntos Exteriores, etc., etc.

Merece singular mención su obra titulada "Los toques de guerra"; fué editada en Burgos el año 1939 y reproduce una colección musical compuesta en 1761 por Manuel Espinosa para la Infantería española, cuyo manuscrito, por cierto, conserva la Biblioteca Nacional de Madrid. Varios de los números que integran esa colección han sido armonizados por voces por el P. Otaño, y uno de ellos anuncia diariamente el noticiario de la Radio Nacional desde hace varios lustros.

Elegido el 22 de abril de 1940 Académico numerario en nuestra Corporación para suceder al eminente compositor D. Emilio Serrano, tomó posesión el 21 de junio de 1943, leyó un doctrinal y sustancioso discurso dedicado al P. Eximeno, contestándole otro gran maestro: D. Conrado del Campo. En su discurso de recepción, el P. Otaño demostró, por cierto, cuán falso era atribuir a Eximeno una frase que, con esta supuesta paternidad, circula hoy por las Historias Musicales de todo el mundo. No fué, no, Eximeno quien había dicho: "Sobre la base del canto nacional debía construir cada pueblo su sistema". Como puntualizaba El Padre Otaño entonces, Felipe Pedrell había tomado esta referencia leyendo a Menéndez y Pelayo; la había interpretado torcidamente y lanzó la frase que él mismo había redactado, atribuyéndola a Eximeno de un modo absolutamente erróneo. Ese documentadísimo discurso del P. Otaño habría bastado para justificar su elección académica, aun descontando sus muchos méritos anteriores.

El 28 de diciembre de 1941 la villa de Azcoitia tributó un homenaje a su hijo predilecto el Rvdo. P. Nemesio Otaño. Entre los actos figuró un

concierto sacro coral con obras religiosas del mismo, otro gran concierto de órgano y un concierto vocal, constituídos todos ellos con obras del artista homenajeado. Siguiéndose un orden cronológico en cuanto a la producción de las piezas elegidas, se pudo seguir el desarrollo de esa personalidad desde su primera obra, que era una antífona de Santa Cecilia a cuatro voces mixtas y órgano, escrita en 1910, hasta las producciones más recientes. Por aquellos días se publicó el instructivo folleto "Breves notas biográficas del P. José M.ª Otaño Eguino, S. J.". Lo redactó la Comisión organizadora del homenaje cuando corría el último mes de aquel año, y lo estampó la Diputación Provincial de Guipúzcoa. Merece ser examinado ese folleto, dada la exactitud de los datos acogidos en sus páginas.

Murió el P. Nemesio Otaño cuando tenía setenta y cinco años de edad. Con dolor y silencio compartimos todos, entonces, la pena que su óbito produjo en el seno de nuestra Corporación.